

GESTIÓN CULTURAL ALTERATIVA

Reflexiones para su ejercicio



RAMIRO CAIZA

Editorial Centro de Estudios Sociales de América Latina
2020

Gestión cultural alterativa

Reflexiones para su ejercicio

RAMIRO CAIZA

Prólogo: JOSÉ MANUEL CASTELLANO GIL

FICHA TÉCNICA

Título: Gestión cultural alterativa. Reflexiones para su práctica

Autor: Ramiro Caiza

Prólogo: José Manuel Castellano Gil

© Editorial Centro de Estudio Sociales de América Latina (CES—AL) <http://www.ces-al.ml>

© Mejía Cultura Siglo XXI, 2020. Año del Bicentenario de la Independencia de Machachi

Consejo editorial Mejía Cultura Siglo XXI: Cristian Mosquera y Belén Quintana

Cuenca (Ecuador) 2020

CRÉDITOS

Cuidado edición: CES—AL

Portada: Ilustración 70 años de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

ISBN: 978-9942-8814-2-7

Diseño y diagramación: CES—AL

**QUEDA TOTALMENTE PERMITIDA Y AUTORIZADA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE
ESTE MATERIAL BAJO CUALQUIER PROCEDIMIENTO O SOPORTE A EXCEPCIÓN DE FINES
COMERCIALES O LUCRATIVOS**

PRÓLOGO

Este ensayo, *Gestión cultural alterativa*, propuesto por Ramiro Caiza, un activista cultural que cuenta con una amplia y dilatada trayectoria en este campo –tanto desde una acción de compromiso individual (poeta, ensayista y gestor cultural) como en su ejercicio institucional, (miembro fundador y presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana del cantón Mejía, provincia de Pichincha; de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Barcelona en España; y gestor cultural en la Casa Matriz de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión)– pone sobre la mesa del debate social una serie de elementos claves.

Debemos resaltar, en primer lugar, que la acuñación de esa licencia literaria recogida en su título, “*alterativa*”, no sólo busca atrapar la atención del lector a partir de un posicionamiento claro y directo para estimular una confrontación dialéctica sino que encierra fundamentalmente un re-planteamiento, re-consideración y re-conceptualización de un término, como es la cultura, desde la acción comunitaria y local.

La cultura es, sin duda alguna, un concepto complejo y, desde luego, nada neutral que está en constante transformación epistemológica, con procesos de adaptación y readaptación a lo largo del tiempo y con dinámicas propias en cada territorio. Cada período histórico, cada sociedad, cada área de conocimiento, cada investigador, cada gestor, cada individuo, etc., tiene su modo de ver, entender y hacer cultura. Sus múltiples acepciones, por tanto, condicionan los análisis e interpretaciones, la forma de ver el mundo, de sentirlo, de entenderlo, de definirlo y de proyectarlo.

La cultura dominante es un reflejo del sistema productivo y sus relaciones sociales derivadas, traducidas en determinados comportamientos, hábitos, expresiones y manifestaciones. Pero la cultura, al mismo tiempo, puede ser interpretada como un instrumento de transformación social colectiva liberadora frente a

la oficialidad, al institucionalismo y como una herramienta de contrapeso a los comportamientos estáticos y replicantes, es decir, un acto de rebeldía frente a los grupos de poder, que pretenden imponer una cultura única y uniformada.

La cultura hegemónica –visiones y miradas generacionales e intergeneracionales, pasadas y presente– es un movimiento dinámico, construida y de-construida por los sectores dominantes y oficialistas en cada momento junto a la diversidad de acciones surgidas desde otros segmentos sociales, populares, étnicos y territoriales, que en su acción defensiva identitaria intentan recuperar y reconstruir una serie de signos y símbolos que se encuentran, como siempre ha sucedido, en pugna constante y que en el presente histórico obedecen a los procesos globalizadores, dibujados por espacios centrales y periféricos, es decir, por áreas geográficas dominadoras y por territorios dependientes y dominados.

A ese cuadro sociocultural general hay que añadir otros aspectos singulares en nuestra región latinoamericana, donde intervienen y entran en juego cosmovisiones entre el mundo originario (indígena) con las resultantes de las diversas variables del proceso colonizador y sus incidencias aculturativas (pervivencia y sincretismo), la recomposición de una sociedad mestiza diversa (integrada por otras culturas y etnias (como es el caso de los afroecuatorianos o sociedades orientales), junto a la actual presión globalizadora en su más amplia concepción: desde los trasvases migratorios, a la revolución tecnológica y a la configuración hegemónica internacional, plasmadas en un sistema económico-financiero y su engranaje en el escenario ideológico mundial.

En fin, no podemos concebir, ni entender a la cultura desde una perspectiva aislada, independiente o unidireccional sino que juega un rol dinámico, redefinido en cada momento y en cada territorio entre dominadores y dominados, que conviven de forma permanente en confrontación, con mayor o menor intensidad, en sus manifestaciones y cosmovisiones.

En definitiva, el tratamiento que se aborda en las páginas que siguen a estas líneas no tiene como intención cerrar el círculo conceptual y el propio accionar de los movimientos culturales sino que esta visión que se presenta tiene como propósito invitar a una profunda reflexión, análisis y debate sobre la configuración social e ideológica que, en suma, define y re-diseña el marco cultural entre la mayoría minoritaria y las minorías mayoritarias.

Dr. José Manuel Castellano

GESTIÓN CULTURAL ALTERATIVA

Reflexiones para su ejercicio

La cultura se constituye en el eje vertebrador de la vida, siempre ha sido así; es el componente que logra llenar, aunque inconscientemente, la gran duda de la existencia, porque abarca todo el simbolismo arrastrado desde lo ancestral hasta las visiones de la modernidad occidental. Sin ella, no existimos, fuera de ella es el vacío, la nada, la naturaleza muerta.

Durante las últimas décadas la cuestión de la cultura ha provocado profundos debates, nuevas carreras y especialidades para analizarla y promoverla, cuando ella siempre ha estado allí, en el lugar de siempre, en la vida cotidiana. Es desde allí donde, casi siempre, emerge y se levantan las voces irreverentes y contestatarias, así ha sido el curso de la historia. En este contexto desde la Academia se indaga en experiencias y postulados con el objeto de obtener indicadores, como productos elaborados que revolucionen el arte y la cultura, pero siempre, han sido los procesos contradictorios los que han marcado disidencias, rupturas, derrumbes y ascendencias.

Está bien lo que realiza la Academia, sin embargo, considero que los diálogos y encuentros no son de especialistas, de un cenáculo, sino de quienes trabajamos en la cotidianidad, es decir, la cultura desde el territorio, la marginalidad, la ruralidad, debe ser impulsada por sus propios actores. La cultura ilustrada que existe y tiene sus espacios, pero la emergente desde lo popular para reivindicar el ejercicio de los derechos culturales está presente en la base, en los movimientos sociales, en las organizaciones populares. Esta es quizás, una nueva vía como alternativa y contribución al proyecto político a desarrollar con y para las organizaciones y sectores populares.

En este largo y tortuoso camino, la cultura ha estado regida u orientada desde el poder, dando un punto de vista totalmente sesgado, desde las visiones ilustradas a expresiones totalmente

signadas por el separatismo o apartheid. La cultura estaba dominada por los cultos, el resto, los “otros”, la mayoría era el pueblo llano inculto, “ignorante de los páramos”; es cuando claramente se contraponen civilización y barbarie, los nacidos para estudiar y gobernar, los otros para obedecer y trabajar. Así la sociedad, de tumbó en tumbó, de acuerdo con el nivel de correlación de las fuerzas productivas, ha avanzado con una gran grieta de quienes han pretendido ser los dueños de la cultura o los cultos a través de la historia, dejando un halo gris en las masas populares, desde donde quiérase o no han surgido propuestas valederas que se han convertido en tradición, como es el caso de las festividades, la memoria colectiva, las narrativas orales, las que por cierto han sido presa de la institucionalidad cultural, pero que se asientan en los sectores rurales y periferias urbanas. El poder no ha cumplido con el postulado, si se quiere sagrado, servir a sus mandantes; el poder siempre ha sido ejercido de modo vertical en términos, incluso académicos, sin penetrar la mirada o la reflexión profunda, en que la materia prima de sus estudios vierte de los sectores populares en gran medida.

En este entramado la cultura siempre ha estado y estará presente, hoy más que nunca es casi palpable su presencia en la vida cotidiana; está en las costumbres, hábitos, saberes y sentires de la gente; es decir, estamos conviviendo de una forma cultural quiérase o no, con la particularidad de que esa forma cultural nos ha sido impuesta hasta que la “convertimos” en costumbre.

Esta carga cultural llena de variados componentes ha suscitado un gran debate a través del tiempo, especialmente en lo que concierne a la identidad. La pregunta de fondo es la relacionada con la identidad, qué nos distingue como latinoamericanos del resto del mundo; será esta la cuestión que nos tiene acorralados y en la encrucijada de la historia o la falta de respuestas ante la incertidumbre.

La identidad es el tema sobre el cual se ciernen las discusiones desde los territorios que hoy conforman la región latinoamericana, situación que ha dado lugar a enconadas discusiones desde los

pueblos nativos o ancestrales hasta quienes todavía se consideran los blancos venidos de Europa. Pero más allá de cuestiones racistas o étnicas, el tema es político, entendido como la manifestación de un pueblo para decidir su destino, desde su autodeterminación con toda la carga simbólica que abarca su cultura.

En la región, un mundo diverso nos habita, desde los pueblos y nacionalidades indígenas hasta la presencia importante de las culturas juveniles con manifestaciones snob en muchos casos, que nos dicen con muchos lenguajes su razón de existir; desde la marginalidad, entendida esta, como exclusión del arte elitista, se promueven acciones colectivas, frente al gran mercado de las industrias culturales masivas. Esta coexistencia en desigualdad marca la diferenciación cultural entre opresores y oprimidos, entre quienes saben y los que no saben, es decir, se lo ha reducido a un cúmulo de conocimientos o dominio de técnicas y destrezas para categorizarlo como culto. Pero esta misma coexistencia transmuta, se retroalimenta en el ámbito de la modernidad capitalista, lo cual es significado como ideología del mestizaje; es la expresión mimética de una cultura de la apariencia, el disfraz como concreción de la realidad es el alimento cotidiano, hasta que logra instituirse como verdad en los oscuros pasajes de la religión y la educación; y, a la vez en un ejercicio de control y poder desde la visión de Michel Foucault.

Los códices amalgamados en las supuestas identidades han provocado falseadas realidades de la representación artística, lo cual implica el condicionamiento de estructuras mentales que acentúan la fragmentación respecto de la apreciación estética de la cultura, en donde la búsqueda de estilos y formatos son repetitivos a la hora de estructurar el lenguaje artístico. En la conceptualización de la cultura está una de las claves para dilucidar el largo camino del desarrollo integral de los pueblos, porque a partir de allí se puede comprender que la formación de las sociedades, estados y gobiernos no es casual, sino que responde a intereses de estructuración de la clase dominante, de la imposición de un modelo a seguir en la era neoliberal.

La cultura entendida como toda manifestación de la vida en relación directa con la naturaleza, es el espacio en donde lo simbólico se torna en un esperpento que se diluye en el tiempo y conserva el recuerdo o la memoria asumida como historia de la humanidad que intenta describir y reconstruir los hechos a través de varias asignaturas especializadas. En este sentido, la cultura ha sobrevivido no como ciencia social, sino como manifestación intrínseca de los pueblos, de donde se desprenden ciertos rasgos distintivos que marcan la diferencia.

En esta ambigüedad teórica, la cultura de los de abajo se mantiene como acto de resistencia, pero de resistencia a la muerte de sus costumbres, que obviamente han cambiado en las formas, pero mantiene su matriz, la esencia del ritual, especialmente en el mundo andino; es aquí cuando el carácter político se manifiesta abiertamente; la necesidad de afrontar desde la política las manifestaciones culturales es vital para la región, en donde la brecha se vuelve más ancha y las coordenadas son disímiles. Los seres humanos que pueblan masivamente las ciudades, la mayoría, no accede al arte, éste es un desconocido de siempre, menos aún en la ruralidad, en donde lo abstracto por decirlo, nadie lo entiende, porque simplemente no conoce su lenguaje. Será un arte exclusivo para ilustrados, es el cuestionamiento que surge cada vez que hablamos de cultura o será que estamos equivocados al pretender que la cultura está reducida al arte; complejidades que intentamos abordarlas para construir el camino común.

En este amplio espectro, tan diverso en paisaje natural y cultural, conviven varias culturas o formas culturales que rebasan lo étnico; son sus manifestaciones las que las distinguen, por ello algunas normativas incluyen declaraciones de estados plurinacionales e interculturales, quizá como una voz de avanzada de los movimientos sociales.

Cuando los protagonismos adquieren presencia masiva y mediáticamente las nuevas manifestaciones se posesionan como los referentes de la cultura moderna, el mercado abre sus puertas para ofertar los productos y convertirlos inmediatamente en mercancías

al alcance de todos los bolsillos; en este caso la cultura es comprada y pagada, con lo cual lo utilitario está dado por el valor de cambio, en donde se pierde la sustancia cultural y se pasa a lo meramente mercantil. Desde luego que no se insinúa que el valor de los productos culturales o del arte deba ser gratuito, no, su valor debe ser reconocido por la comunidad e institucionalidad, porque las horas de trabajo empleadas en ello son igual a cualquier otra actividad humana.

Las diversidades en escena se convierten en el mosaico de la riqueza cultural moderna, todo su bagaje por infinidad de vías al alcance de millones de seres humanos, pero así mismo, millones no pueden acceder a ellos. Este mosaico novedoso se mueve como un gran bloque o enjambre en diversas direcciones, según reitero, las necesidades del mercado y del modelo de sistema económico imperante, la libre competencia, ganar y acumular a cualquier precio; el “fin justifica los medios” será la sentencia que se traduce en ley de vida. Estos condicionamientos del mercado hacen que la cultura sea vista como un acumulado arquitectónico e histórico que les permite vanagloriarse de su pasado, en relación con las deprimentes o incivilizadas formas de vida de otros pueblos del mundo.

Las interrogantes surgen por doquier y las reflexiones cuestionan el orden establecido, sin lograr una sindéresis del planteamiento teórico que fomente una praxis esperanzadora; en estas lides los ignorados movimientos sociales acuñan nuevas propuestas desde la cultura, entendida como un todo, en donde el arte es uno más de los componentes. Fruto de la movilidad humana tenemos nuevos asentamientos humanos, favelas y suburbios, donde las necesidades campean y producen lacras sociales de envergadura, violencia gratuita por el pan del día, limitaciones y hacinamientos, abandono de terrenos y familias, enfrentamiento a formas distintas de vida, en donde las prácticas interculturales son una necesidad para la convivencia ciudadana.

La diversidad es uno de los componentes que debe ser asumido desde las políticas institucionales y como derecho cultural de la

sociedad en su conjunto; esta es, más allá de una categoría, quizá el elemento vertebrador de la sociedad ecuatoriana y latinoamericana de siempre. La diversidad de su componente étnico ha sido negada u ocultada desde el ejercicio del poder, a través del sistema educativo, sino más bien plasmado como que existen dos sectores, dominantes y dominados, como expresión de un orden establecido para siempre, para lo cual la iglesia contribuye a afirmar esta premisa, “el reino de los cielos es para los pobres”. Entonces la diversidad, que rompe la homogeneidad social tanto en su conformación como en los niveles de decisión que ocupan los distintos pueblos en la estructura del Estado, tiene que expresarse en participación en la toma de decisiones para la construcción de un estado que beneficie y sirva a todos los sectores sociales en la búsqueda del bien común; sin embargo es necesario establecer el campo de relaciones entre las diversas culturas, lo que nos lleva a plantear la interculturalidad.

El ejercicio de la interculturalidad ha crecido como discurso y ha escondido su verdadero significado, el rostro del “otro” ha sido tergiversado por la perorata de la tolerancia y libertad, en base a la simplificación de la relación entre culturas; se considera que el viajar en el mismo autobús o ingresar a la misma tienda, o depositar el dinero en el mismo banco “ya nos hace iguales”. El problema de la aplicación de derechos está en el ejercicio del poder, en la ejecución y aplicación de las leyes cuando en algo benefician a las mayorías; la institucionalidad está viciada de corruptelas y entramados para eludir su cumplimiento. Entonces tenemos el abismo entre lo que se dice, se publica y se hace; las normas están en el papel, dista mucho de su ejercicio en un escenario que disocia las relaciones comunitarias, dando espacios y tribunas abiertas al populismo cultural para embriagar a las masas con la mediocridad de eventos encubiertos en el gusto popular. La interculturalidad para que sea real tiene que basar su práctica en el compartir espacios, recursos y decisiones en todos los niveles del poder del Estado; y, debe fortalecer, alimentar y prolongar el mosaico de la diversidad cultural ecuatoriana y latinoamericana para que se

masifique desde lo popular con retroalimentación y participación permanente.

Lo popular ha sido apropiado, alterado y explotado por quienes ejercen el poder político y económico, amparados en la conformación de agendas culturales para la ciudadanía, que viene a ser la concreción de espectáculos de muy mal gusto para que los desposeídos se evadan y olviden de las necesidades vitales que conllevan a vivir con dignidad. Lo popular es la sabiduría que viene y se mantiene en la memoria, es aquello que despreciamos pero que consumimos a escondidas; esta la práctica de un país que no define sus prácticas y ejercicios culturales, tanto desde la teoría como desde la práctica distorsionada. Programas masivos teledirigidos a audiencias del mundo juvenil, redes sociales que encubren la esencia del pensar, la expresión aparente del disfrutar en las fechas cívicas o religiosas de la amplia región latinoamericana; despilfarro de recursos públicos, exabrupto a las identidades locales, proliferación de ofertas de diversión a granel; este es el mundo en donde la cultura se reproduce y mantiene con toda la influencia de visiones efímeras de la felicidad basada siempre en la adquisición y acumulación de bienes materiales orientadas a los sectores populares, con la idea fija de alcanzar lo inalcanzable en base a hipotecas y endeudamientos eternos.

El descomunal crecimiento de las fuerzas productivas con base en la tecnología cibernetica, ha sido aplicado en todos los campos de la ciencia y el conocimiento, con orientación a mantener el poder y hegemonía mundial desde el mundo occidental; la lección parece estar escrita para siempre, el mundo es ancho y ajeno nos diría el gran Ciro Alegria, este mundo en el que resistimos con inventivas dentro del mismo sistema o modelo, al cual se lo desafía sin la templanza necesaria y con las manos vacías para construir modelos distintos, inclusivos, participativos y sobretodo emancipadores. Entonces los movimientos sociales, entendidos como de ciudadanos, vecinos y pobladores, más allá de la organicidad sindical o gremial, son los llamados a abanderar estos retos del presente que se fragua en la vida cotidiana.

La cotidianidad entendida como el quehacer diario en donde la vida expresa su sentido, se constituye en la vitrina donde la producción y reproducción simbólica pasa desapercibida por la costumbre de calificar como un día más, que en el devenir se estructura como historia. Es el espacio de la objetivación de la dinámica diaria, en donde acuden y obran millones de seres humanos solo como objetos de la historia, su protagonismo como hacedores de la historia está de lado, es decir, el sujeto de la historia está vencido por la fantasía del mercado que gobierna las conciencias y casi todas las acciones humanas objetivas y subjetivas. Así, las manifestaciones culturales y artísticas responderán a una coyuntura del mercado, que vistas localmente se traducen en llenar el “gusto” momentáneo de los consumidores; de aquí que el consumismo sea el pan del día y las industrias culturales monopolicen el mercado con una hegemonía total, lo que peligrosamente conduce a la humanidad a la enajenación total, donde el sentido de pertenencia e identidad es una quimera abarrotada en patrimonios materiales.

La cultura y su ejercicio, mejor dicho su estudio y análisis, está en manos de la Academia, sus protagonistas convertidos en conejillos de indias, sobreviven al azote inclemente de teorías que precisamente, experimentan con su devenir y producción. El fin de la historia, los nuevos estudios de las tesis de la historia, el aporte regional desde las realidades diversas obligan a plantear nuevos desafíos desde la praxis, desde una visión dialéctica en donde los sujetos tomen partido en pro de su realización humana con dignidad. En esta perspectiva los movimientos sociales ligados a la gestión cultural de base están articulando sus acciones para delinear propuestas conjuntas y compartir desde sus territorios las experiencias de trabajo comunitario, es decir, intentan construir y enrumbar políticas incluyentes con voceros autorizados desde la comunidad, para que anuncien y denuncien las aspiraciones y limitaciones en el campo de la cultura.

Con esta visión amplia, democrática y participativa desde la comunidad se construye también el ser comunitario, entendido como ser armónico e integral que digiera las variadas disciplinas del conocimiento para ponerla al servicio de la comunidad y juntos

acordar las relaciones interculturales e intergeneracionales con énfasis en la convivencia desde las diversidades, puesto que el ser distinto es el punto de partida y enlace que fortalece la relación. Pero para arribar a estos planteamientos se requiere trabajo, empleo de múltiples recursos de todo tipo, descender al pueblo para tejer e hilvanar los procesos sociales con el arte y la diversidad de manifestaciones culturales, desde la memoria con una relectura y el permanente desaprender de los hechos, para también elevar al pueblo, es decir, para entregar y compartir productos estéticos de calidad.

Pasar, superar lo meramente descriptivo a un estadio superior de reflexión, con análisis no solo cuantitativos, sino cualitativos y perspectivas de nuevos modos de vida, con el aprovechamiento de lo que nos brinda la naturaleza, con el máximo respeto hacia ella, buscando el equilibrio y reproducción de las especies que mantienen la vida. Esta relación con la naturaleza, hoy en manos de monopolios y empresas productoras en serie de alimentos, extractoras de recursos minerales e hidrocarburos para el bienestar del primer mundo, nos conduce a la depredación y eliminación de especies y formas de vida únicas, lo cual implica una lucha desigual ante el modelo económico imperante y sus mecanismos de expresión y representación que nos muestran un mundo aparente, en donde supuestamente todos podemos vivir en libertad y comerciar toda clase de productos y servicios como sinónimo de realización humana; los recursos tecnológicos son bien aprovechados por la industria cultural que vende casi gratuitamente mensajes que alienan pasiva e inconscientemente hasta llenar la subjetividad de las personas.

Arribar al bien común como meta de la tecnología y del cientificismo es una de las aspiraciones de la humanidad, puesto que el conocimiento le pertenece a la sociedad en su conjunto; no se la puede excluir de las bondades de los adelantos y nuevos descubrimientos o creaciones. El saber no existe de modo independiente, es producto de la acumulación de uno y otro conocimiento como parte del proceso evolutivo y dialéctico de las ciencias. Entonces, no es de nadie en particular, es un acumulado

histórico que debe ser devuelto a sus legítimos destinatarios, la comunidad, para mejorar sus condiciones de vida. La imparcialidad o independencia de la ciencia pura, considero que no existe, ya que no es producto de iluminados o de algún milagro sin causa y efecto.

Los medios de comunicación y las nuevas TICs, han provocado la inundación del mercado, el mundo está en nuestras manos, al menos en imágenes y mensajes, a través de una innumerable cantidad de datos e información, con la tendencia a la evasión y consumo excesivos. Esta tendencia ha provocado el abandono de la indagación del ser humano en los escritos y libros clásicos, es decir, el libro como objeto de la imprenta está amenazado, y más aún, la lectura como un acto de irreverencia y superación de la ignorancia o analfabetismo es una utopía, puesto que la esclavitud y dependencia de la tecnología han alejado de los libros a la niñez y juventud. La comunicación e información que impera es la del espectáculo, de lo mediático, atados a las máquinas, el valor de la palabra se diluye; el ser robotizado consume sin aliento sus días; no somos más que máquinas hechas para consumir.

La oralidad, como manifestación o cúmulo de saberes de la comunidad, en poder de sus legítimos representantes, taitas, mamas, yachags, shamanes o de los adultos mayores, está amenazada por la enajenación de los espacios, las voces que guardan y transmiten los saberes y memoria se extinguen y diluyen en el tiempo; el crecimiento urbano y la galopante migración atenta contra esta fuente milenaria de conocimiento y principio de la tradición que resiste en medio del mundo poblado por las tecnologías de la comunicación e información. Esta dicotomía entre la tradición y la modernidad nos conducen a una resolución desalentadora, la salud de la oralidad está en detrimento; con todas las variantes su prolongación está por sucumbir sino se actúa de manera urgente, a través de un serio plan de revitalización integral que agrupe a los sujetos y guardianes de la memoria.

La vigencia de las lenguas nativas, no solo como patrimonio cultural de la humanidad, sino como medio de comunicación y pervivencia de los pueblos y culturas sufre un deterioro galopante por la falta de

interés de quienes ejercen el poder y por la carencia de políticas de largo aliento que garanticen su vigencia. Los planes de educación contemplan de modo superficial la educación intercultural bilingüe, en donde la lengua debe ser el motor que articule las formas de vida para fortalecer la identidad y diversidad de pueblos distintos pero iguales en derechos y oportunidades. Si bien el sistema de registro alfabético ha logrado preservar muchas de ellas, su enseñanza, producción de materiales de lectoescritura, recursos didácticos y pedagógicos son limitados a la hora de emprender con seriedad la potencialidad de las lenguas como distintivo de su pueblo; porque desde el habla ya se estructura un sistema mental y cosmología que le preparan al ser humano para enfrentar y explicar su presencia en el mundo inmediato con toda la gama de influencias y préstamos de otros sistemas lingüísticos, esta necesidad debe ser elevada a la categoría de política de Estado en donde la participación de los pueblos indígenas sea decisiva a la hora estructurar los contenidos, planes y programas educativos.

En este ámbito, es necesario expresar lo que se entiende por cultura nacional, que para nosotros, se presenta como el reflejo del mosaico de culturas o subculturas que pueblan un territorio o ámbito geográfico denominado nación o país, es decir, necesariamente la cultura nacional se compone de todos los aportes de pueblos y nacionalidades que miran por la integridad del país, que lo distingue como referente puntual y lo ubica como país diverso; en este camino la cultura nacional está ligada a los quehaceres populares, solo desde allí puede haber un pronunciamiento que garantice su vigencia y liberación como ente de libertad y progreso en el concierto de la convivencia pacífica y autodeterminación de los pueblos. Sin embargo, la acepción de cultura nacional dista mucho o quizás es oposición al nacionalismo que peca de chauvinista, segregacionista y excluyente para imponer una manera de concebir el mundo.

Los tiempos que corren no son nada favorables para el mantenimiento de las diversas culturas, la penetración cultural que viene de larga data desde la España conquistadora y colonial, hoy se afirma con la cultura de masas que invade y provoca

ensimismamiento, conformismo, resignación, conformismo e individualísimo, lo cual anula los principios de solidaridad y visión comunitaria de convivencia, haciendo mucho más fácil la presencia neocolonial en muchas regiones del planeta. Neocolonialismo signado por la dependencia de los países situados en la periferia que se traduce no solo en los aspectos culturales, sino económicos fundamentalmente, basada en la nueva conformación moderna del espectro geopolítico mundial con un modelo central que ha extendido su tentáculos por todo el orbe. La globalización arrasa con toda forma de autonomía; sin embargo, las culturas se constituyen en el mejor escudo de resistencia, quizá por la fuerza que gravita en su interior, en su espíritu y que, nuevamente volvemos, es la prolongada tradición renovada que se mantiene vigente a pesar de la modernidad capitalista que se impone, momentáneamente como única alternativa de vida.

Las culturas vivas comunitarias en muchos países latinoamericanos emergen como respuesta organizada al modelo neoliberal, es la expresión de los marginados quienes se han apropiado de espacios y representan con su voz la alternativa al orden establecido en políticas culturales, puesto que su contribución al desarrollo integral es innegable, quizá condición intrínseca de él, es decir, sin la cultura no es posible ningún modelo de desarrollo integral, porque el centro mismo de toda actividad es la persona en comunidad. Por ello, las culturas vivas comunitarias se constituyen en uno de los ejes fundamentales de transformación y continuidad del quehacer cultural para la liberación y afirmación de las identidades locales en el diverso mundo de la convivencia intercultural.

La potenciación de la cultura requiere de inversión, formación, participación e inclusión tanto a nivel público como privado; en estos momentos no se puede dejar de lado al sector privado como inversor en el fomento de las artes, tampoco al sector público como diseñador y ejecutor de la política construida desde la sociedad. Sin la comunión de los diversos sectores, se torna inverosímil la realización de la vida en los territorios periféricos, marginales o rurales; es desde aquí donde deben emerger nuevas postulaciones y prácticas del quehacer sociocultural. Es la voz de los marginados del

campo y la ciudad que debe converger en el planteamiento de políticas públicas, donde las diversas visiones, sentires y prácticas tengan cabida en el mosaico latinoamericano.

Lo comunitario

Es imperativo que la gestión cultural esté concebida desde la participación comunitaria con un alto contenido o sentido de lo político, con tendencia hacia la reflexión y sentido crítico para provocar profundos diálogos y propuestas desde los beneficiarios directos o consumidores de la oferta cultural, con el objeto de hilvanar el tejido social con un alto sentido de pertenencia que arrope a las diversas identidades desde una perspectiva intercultural, con enfoque de género y de carácter intergeneracional.

Sin la organización, este imperativo no es posible, la organización es un proceso de construcción social en base a intereses comunes y demanda del ejercicio de los derechos culturales; no es una solicitud de buena voluntad, se constituye en la razón de ser de la entidad con un sentido de pertinencia, sentires y el actuar coherente para beneficio de la comunidad. La organización es el punto de encuentro de niños, jóvenes, adultos y abuelos para prolongar la memoria social, la tradición y costumbres, pero al mismo tiempo para subvertirla, para alterarla de acuerdo con los cambios que los tiempos exigen, es decir, nada permanece estático, la cultura, el arte se altera, se renueva y nacen las vanguardias, esas otras formas de expresión y de lenguajes artísticos.

La organización estructurada desde la sencillez, de modo horizontal, dónde las diversidades se junten, las opiniones disímiles concuerden luego de diálogos profundos; las diferencias intergeneracionales deben atravesarnos la vida, con el afecto común que implica el arreglar el camino, mantener la casa comunal, hacer la minga para celebrar el aniversario del barrio. La unidad es vital para mantener la vida comunitaria, partiendo desde la familia, los vecinos y así con los transeúntes.

Provocar y promover la asociatividad, es el reto, con un sentido de interacción, donde todos somos sujetos, todos tenemos algo que

decir y hacer. La hoja de ruta es trazada desde los protagonistas con alegría que tiene que ver con su comunidad, con su pueblo.

Hablarle claro al poder decía el profesor Said, pensamiento y argumento que se mantiene firme, para desde la resistencia y reflexión, plantear nuevas epistemologías que provoquen el actuar diferente en el mundo diverso. Epistemologías construidas y estructuradas desde la verdad cultural de sus protagonistas, desde los sujetos de la modernidad para transformar, es decir, alterar el orden “natural” para emancipar a la mayoría de la sociedad con relecturas y reaprendizajes de los códigos culturales imperantes.

Lo comunitario, la organización de los sectores marginados del poder desde la perspectiva participativa en base a la inclusión, no solo cuantitativa para justificar un número de pobladores, sino como el sujeto que toma decisiones en base al planteamiento local, se constituye en el asiento de la construcción del nuevo modelo de gestión cultural comunitario, en donde las identidades se entrecrucen, es decir, se dejen ver como parte integrante con derechos y deberes de un territorio que les pertenece a todos, por lo cual deben diseñar su desarrollo a través de las vocerías autorizadas, quienes reflejen el sentir de lo popular desde la estética liberadora, reflexiva y crítica.

Vencer la visión de la cultura impuesta como sinónimo de especialistas o estudiosos es el reto, optar por el protagonismo de las culturas populares, emergentes, proscritas y marginales, es la misión de la gestión cultural comunitaria. Comunidad entendida como el conglomerado en donde coexisten puntos, necesidades, problemas y sueños; y en donde el individuo es fundamental como líder e integrador de la misma.

La gestión cultural comunitaria es aquella que se construye desde las necesidades básicas del conglomerado de un territorio, a nivel urbano o rural, con investigación, levantamiento de datos e indicadores de la geografía, historia, costumbres, demografía, religión, condiciones de vida, infraestructura, organización social; en fin, se debe arribar al diseño de una cartografía cultural que dé

cuenta de las limitaciones y potencialidades para construir el territorio que todos anhelamos.

Sin duda, no es tarea fácil, emprender la gestión cultural comunitaria requiere de organización, acuerdos preliminares y básicos con los sujetos del territorio, a través de las vocerías autorizadas; es imprescindible el diálogo con todos los sectores de la sociedad y con los individuos que domina tal o cual tema, es decir, con los creadores o portadores de determinado arte o manifestación cultural. De aquí que se debe plantear la necesidad de trabajar solidariamente, compartiendo los saberes, habilidades, destrezas y capacidades en beneficio de la comunidad, bajo el principio del bien común, donde el conocimiento y sabiduría debe estar al servicio del ser humano en general y se constituya en patrimonio de toda la colectividad. El ejercicio del valor de la diferencia, el respeto al ser distinto, la praxis intercultural y la alteridad, son los medios válidos y alternativas para construir el mosaico cultural desde la comunidad.

El componente político es fundamental en toda gestión cultural, entendido como el ejercicio administrativo y arte de gobernabilidad de la comunidad; producto de acuerdos y consensos comunes, la política es determinante en todo el proceso de gestión, puesto que sin ella, el norte se vuelve borroso, las señales del camino se tornan grises; entonces, será su orientación -política- la que enrumbre la planificación de obras de infraestructura, el diseño del cuidado y conservación del ambiente, la ubicación de los espacios de recreación, la regeneración urbana, los nuevos polos de desarrollo y dinámica comercial; es decir, la cultura se constituye en el componente transversal que se pretenda poner en marcha. La política entendida como la posibilidad de gobernabilidad y gobernanza decidida por la comunidad al designar, desde la autonomía, a sus líderes y autoridades en procesos democráticos horizontales, es la concreción primera para fortalecer el tejido social con la permanente relectura y reaprendizaje de la historia, acontecimientos y experiencia; donde el conocimiento no puede estar ajeno al aspecto político.

Abordar la política desde la cultura, es la gran responsabilidad del género humano, no como doctrina partidaria, sino como posibilidad social –comunitaria- para construir lo cuestionado, imperecedero o soñado. La necesidad social del arte en el territorio es incuestionable, el deshabitado mundo de la periferia es el que mayormente paga las consecuencias del mundo civilizado; volver la mirada profunda sobre lo caminado, sobre los ancestros, es la posibilidad de volver a los cimientos de cosmologías diversas, quizá más cercanas a nuestras realidades. Esta es la potencialidad que nos oferta el corpus cultural, el sensibilizar para extraer menos el alma a la pacha mama, fortalecer los lazos de amistad por sobre las diferencias individuales se consigue con prácticas solidarias, reducir las inequidades desde el sentir y pensar diversos es la fuerza que amalgama el devenir cotidiano, donde los sujetos son los pueblos que construyen su historia. Intentamos orientar la reflexión hacia la comprensión de que toda manifestación cultural es un constructo social, no por ello verdadera, sino que muchas veces ha sido impuesta por la fuerza o por métodos sutiles, hasta convertirla en tradición, lo cual demuestra que no toda tradición se apega a la verdad o es infalible. La cultura está sujeta a cambios en el devenir histórico, pero ésta no cambia automáticamente, sus cambios se aceleran según la acción de los pueblos. La tradición está ligada con el sistema y esquema mental producto de todo un sistema ideológico y político, es la manifestación de ese cúmulo de educación hogareña e institucional, hoy en día perfeccionada con la tecnología y el consumo como sinónimos de libertad y democracia. La ética, los valores, tienen y marcan una historicidad, es decir, son aceptables y aceptados en un tiempo, nada es eterno, cambia en relación con el mercado, según el régimen productivo; es decir, los valores –mercancías- justifican el orden imperante. Orden histórico que es producto de la acumulación de sentidos y prácticas –en nuestros países- de saqueo, dependencia, sojuzgamiento y aniquilación de sus culturas.

En este devenir, la organización es la base fundamental para proponer nuevos derroteros y caminos para la cultura; es desde la participación ciudadana, a través de los colectivos y creadores

individuales, desde donde se debe trabajar en las propuestas producto de diagnósticos y estudios, donde los indicadores demuestren qué se debe apuntalar e implementar.

Lo político

Sin compromiso y orientación política, la gestión cultural no tiene razón de ser, al menos, en nuestros países; los planes de desarrollo locales no pueden abandonar el componente cultural, puesto que se constituye en el espacio de reflexión, de cuestionamiento del “orden establecido”, si se aspira a nuevo orden económico, político, ideológico y cultural.

La generación de políticas culturales públicas en medio de estratificaciones, divisiones, jerarquizaciones y modos de concebir la acción del ser humano, entendido como sujeto de la historia, es la gran tarea de la política, ya que la desigualdad es la constante en la gestión cultural, confundida como la oferta de acciones o eventos solamente; la cultura es la manifestación política de un modo de concebir el mundo, es decir, en medio de la heterogeneidad, entonces, la gestión cultural tiene un “carácter de clase”, está para hilvanar la construcción de propuestas alterativas al orden impuesto desde la “independencia” de la teoría de la cultura. La segmentación que la modernidad realiza respecto de las disciplinas sociales ha permitido que estos espacios sean destinados a eruditos, especialistas e ilustrados, lo que provoca la ruptura de la totalidad de la vida, resquebraja la vida cotidiana y la ahoga lentamente en el mar de la competencia.

La política cultural es determinante a la hora de plantear los planes y programas para los territorios, no se puede edificar o levantar la casa común, si no se cuenta con los fundamentos de que es imperativo el aporte transformador de la cultura para mejorar las condiciones de vida; y, que la cultura es el componente vital en el área social. Con participación ciudadana, debemos estructurar las políticas culturales para incluirlas en las agendas locales, donde la política tome en cuenta el aporte de la cultura a la transformación social desde la perspectiva innovadora, en base a nuevos postulados

epistemológicos, nacidos estos, desde las realidades nacionales, y locales. El riesgo, ruptura y provocación con lo establecido requiere de una sintomática política, fruto del diagnóstico plural y de la demanda, no de espectáculos solamente, sino de verdaderos procesos inclusivos a nivel intergeneracional, desde la praxis intercultural, donde sea la constante que posibilite el desarrollo, acortando la brecha del racismo, violencia, individualismo, precariedad laboral, lacras que deterioran y condenan el surgimiento vital de las culturas populares.

La crisis económica, alimentaria, ambiental, de valores, nos situado en la encrucijada, frente al muro de “sufrir en silencio”, “resignados” a los designios del poder; como modelo único, el capital y sus tentáculos, donde el consumo es la regla del modus vivendi. El chantaje y competencia desleal son mecanismos que afirman el utilitarismo y el ser individual, confundidos como progreso, como sinónimo de ganancia, no de solidaridad o compartimiento, donde a la final se refleja la exclusión y se intenta justificar con el “fin de la historia”, es decir, ¿es el modo de vida actual el único modelo por el que el mundo debe caminar?

La participación es determinante, sin ella, no se puede hablar de políticas públicas, ante el control de los significados, porque no se puede separar el “dominio económico de las formas simbólicas”, el mercado ha impuesto formas de seducción que garantizan su estabilidad; hoy, se puede afirmar que no hay nada humano fuera de la cultura.

El reto, plantear alternativas que contradigan al sistema único, intentar cambiar el actual estado de cosas, donde la gestión cultural tiene mucho que decir; desde la configuración de políticas culturales públicas con la voz de los excluidos.

Hablarle claro al poder, puede significar cuestionarle, plantearle retos y a la vez, alternativas, es cuando ingresamos al ámbito de la institucionalidad; espacio vedado para los creadores emergentes y de las periferias, los ajenos a la ilustración y a la vertiente emanada del pueblo llano; es contradecir las categorías o cánones para juzgar lo artístico. Es cuando caben las otras epistemologías, es decir, las

concepciones diversas y cosmovisiones, tan respetables como las occidentales; el arte no solo está en Nueva York. Berlín, Shanghái o París, el arte está en la vida cotidiana; el problema es de sensibilidad y de su accesibilidad; hoy cualquier cosa puede ser tildada como arte, a pretexto de urbano o alternativo, se pisotean las identidades y se embarca en el mero consumo, es decir, somos meros consumidores de lo que fabrica el sistema y su justificación de mundo global. Debemos luchar por compartir los espacios, donde tengamos las mismas oportunidades desde la institucionalidad, ejercer los derechos culturales desde la ciudadanía o comunidad, para salir del enclaustramiento y oscurantismo en que nos ha sumido la institucionalidad cultural del país y la región, donde todavía se considera que hay cultos e incultos, lo cual significa que campea la concepción de barbarie y civilización, quiérase o no, esto está en boga; sino basta mirar quiénes asisten a las inauguraciones de muestra plásticas, presentaciones de libros, conciertos sinfónicos, funciones de ballet, cine no comercial, solo los cultos; el resto es una pléyade de ignorantes e incultos fabricados por el sistema.

Los despreciados tienen la capacidad transformadora de la sociedad, mediante puntos de encuentro fabricados desde abajo, desde las limitaciones, en donde se entrelazan teorías con diversos enfoques, desde lo eurocéntrico occidental hasta las cosmovisiones ancestrales; es decir, es el nuevo escenario regional para librar nuevas disputas. En palabras de Bolívar Echeverría, *“sería el escenario pleno del barroco latinoamericano; esa difusa, a veces, interrelación de pensamientos, o el colorido inicio de nuevos diálogos emancipadores”*.

El derecho a la cultura pasa, necesariamente, por un proyecto político que acopie las necesidades y aspiraciones de quienes ha sido los eternos marginados. Es cuando emerge como alternativa, fruto de la lucha y demanda histórica la gestión cultural para alterar, para transformar el orden establecido.

La gestión cultural comunitaria no puede estar desvinculada o divorciada de lo político, es su razón intrínseca, la que conduce a la

transformación de la sociedad, desde una dimensión horizontal para una convivencia armónica de los seres humanos, donde la diversidad es la fuerza y su motor, donde los derechos culturales son para todos y en su aplicación nadie está encima de nadie. Más allá de los deberes del Estado y sus políticas, la gestión cultural comunitaria debe estar en el centro de atención a la comunidad como práctica diaria de su dinámica, se debe apuntar a la convivencia, siempre, en la aplicación de derechos con la participación y decisión de las asambleas populares y barriales, donde no solo las vocerías autorizadas brillen como protagonistas, sino que la comunidad organizada tenga voz y voto para decidir el andamiaje de sus semejantes, siempre para mejorar las condiciones y calidad de vida con conocimiento, educación, respeto, conservación del ambiente, adecuada aplicación de las tecnologías; en fin, es la oportunidad para enrumbar por senderos de bienestar a la comunidad; es construir la alternativa de un modo distinto a la imposición del capital y del consumo; el bienestar mirado desde la sencillez con amplias alas, donde la pobreza de intelecto se supere con música, canto, danza, pintura; hacer lo se ama, donde cada uno sea cada cual en función de los demás.

La competencia debe ser superada con acciones del compartir, porque son más importantes las portadas de periódicos, redes sociales de reinas, misses, degollamientos, atracos; el trabajo de los artistas populares, artesanos, obreros, campesinos honestos, no tiene espacio. Estamos en la encrucijada, los medios y las TICs nos asedian; solo el obrar con propia cabeza desde lo común nos posibilitará nuevos caminos de encuentro.



RAMIRO CAIZA es poeta, ensayista y gestor cultural. Director de entidades culturales en Ecuador y España. Fundador y presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana del cantón Mejía y de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Barcelona en España. Conferencista en congresos de antropología, sociología, literatura, comunicación y gestión cultural, dentro y fuera del Ecuador. Ha participado en encuentros nacionales e internacionales de poesía. Autor de 24 libros de poesía, ensayo y cuento. Miembro de la Red Latinoamericana de Gestión Cultural. Miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana en las secciones de Literatura, Gestión Cultural y Saberes Ancestrales e Interculturalidad. Miembro de la Sociedad Ecuatoriana de Escritores. Miembro del Ateneo Ecuatoriano. Funcionario en la Sede Nacional de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

PUBLICACIONES: COLECCIÓN CIENCIAS SOCIALES

- 1.- [COMPENDIO DE ESTUDIOS SOCIALES SOBRE ECUADOR](#) de VV. AA. (2019).
- 2.- [PROVINCIA DE EL ORO: Anuario de fiestas](#) de Rodrigo Murillo Carrión (2019).
- 3.- [ENTRE CANARIAS Y ECUADOR](#) de José Manuel Castellano Gil (2019).
- 4.- [LA CULTURA DEL MAÍZ. SARAMAMA. Lenguaje, saberes e identidad en la comarca azuayo-cañari](#) de Carlos Álvarez Pazos (2019).
- 5.- [CUADERNO DE PRÁCTICAS DE PSICOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN](#). Grados de Magisterio (Infantil y Primaria) de Camino Álvarez Fidalgo, Ginesa López Crespo y José Martín-Albo Luca (2019).
- 6.- [CRÓNICAS INTERCULTURALES](#) de Brígida San Martín García, Edgar Cordero Coellar y Lorena Álvarez León (2019).
- 7.- [PROCEOS DE MUNDIALIZACIÓN](#) coordinado por Pedro A. Carretero Poblete, Arturo Luque González y Ramón Rueda López (2019).
- 8.- INDICADORES SOBRE ACTIVIDADES CULTURALES DE LOS ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COSTA RICA. Volumen I: Actividades culturales de José Manuel Castellano Gil (2019).
- 9.- GESTIÓN CULTURAL ALTERATIVA. Reflexiones para su ejercicio de Ramiro Caiza (2020).

Próxima edición:

- 10.- EPISTEMOLOGÍA ANDINA coordinado por Pedro A. Carretero Poblete y Jennifer M. Loaiza Peñafiel (2020).

La gestión cultural alterativa como contribución a la acción colectiva o comunitaria es determinante a la hora de planificar, donde los protagonistas sean los colectivos, agrupaciones y gestores culturales, cuyo trabajo se constituya en el insumo para la política cultural local.

Ramiro Caiza



AÑO DEL BICENTENARIO DE INDEPENDENCIA MACHACHI-ECUADOR